

BRASIL: EL FUTURO ES DE MATERIAL PLASTICO

EN la mañana del 6 de julio de 1965, el dictador brasileño, Castelo Branco, promulgó una Ley que reservaba al Estado la explotación de la industria petroquímica. En la tarde de ese mismo día, una nueva Ley derogó la anterior y abrió la explotación a las inversiones privadas. Así, la Dow Chemical, la Union Carbide, la Phillips Petroleum y el grupo Rockefeller pudieron apoderarse del negocio más brillante de la década del setenta. ¿Qué ocurrió durante las horas transcurridas entre la Ley número 56.570 y la Ley número 56.571? Cortinajes que tiemblan, pasos en los corredores, desesperados golpes a la puerta, los billetes verdes volando por los aires, agitación en el palacio: desde Shakespeare hasta Brecht, muchos hubieran querido imaginarlo.

MAS IMPORTANTE QUE EL ACERO

A partir de 1972, la petroquímica será el sector industrial de mayor crecimiento en el Brasil. En los últimos tres años, el Gobierno ha aprobado nada menos que 135 proyectos de inversión en esta área. Se estima que la demanda interna de productos petroquímicos se duplicará entre 1975 y 1980; para entonces, el Brasil figurará entre los siete mayores productores del mundo.

En América del Sur, la química del petróleo crece a un ritmo de vértigo, el veinte por ciento anual, y en el Brasil crece más que en ningún otro país de la región. Mil novecientos setenta y dos es, para el Brasil, el gran año de la industria de los derivados del petróleo. El Programa de Metas y Bases elaborado para el período 1969-73, se está cum-

pliendo: la producción de elastómeros crece, en estos años, un 26 por 100; la de plásticos, un 178 por 100; la de fertilizantes, más del 400 por 100. Los termoplásticos (PVC, polietileno, poliestireno y polipropileno) van sustituyendo a los materiales tradicionales en envases y embalajes, tubos y pisos para la construcción, tapizados y accesorios de automóviles. El caucho sintético acapara los neumáticos. El nylon, el poliéster, los acrílicos, el polipropileno, continúan aceleradamente el proceso de sustitución del algodón, la lana y la seda. En la década del sesenta, los sintéticos multiplicaron por cuatro su participación en la industria textil brasileña. En los artefactos eléctricos... La lista sería infinita.

El Brasil se pone al día. Hay un gran auge mundial de la petroquímica. En un solo año, 1965, la química del pe-

tróleo lanzó al mercado mundial cuatrocientos productos nuevos. La petroquímica será el sector de mayor desarrollo en el mundo entero hasta fines de siglo. Según estimaciones del *Oil Gas Journal*, a partir de 1980 el consumo conjunto de todos los plásticos excederá al del acero.

LOS GRANDES NEGOCIOS

Petrobrás, la empresa estatal del petróleo, nació en la época de Getulio Vargas al grito de: «¡O petróleo é nosso!». La Standard Oil y la Shell le auguraron, a través de sus profetas a sueldo, una ruina rápida. Hoy Petrobrás es la mayor empresa del Brasil. La petroquímica le hubiera permitido dar el salto decisivo hacia adelante. Pero los militares que hoy tienen en sus manos las palancas del poder, conciben al Estado nada más que como un aparato represivo para la salvaguardia de los intereses creados, y, en el plano económico, como un buen «socio» inofensivo y conveniente para acompañar las aventuras de la «iniciativa privada». Petrobrás fue despojada de la petroquímica. Y así, el Brasil fue despojado. Los elegidos son otros. Casi la mitad de las inversiones en proyecto corresponden a la empresa Unipar, que, «asociada» al Estado, pondrá en funcionamiento, a partir de abril, las grandes instalaciones de Petroquímica Uniao. La Unipar, que contiene capitales del grupo Rockefeller y de la Hanna Mining, abarca también otras empresas en el «conglomerado» más gigantesco de la industria petroquímica brasileña. El Banco Mundial aparece en Petroquímica Uniao; en Bravisil y Hulsbrasil, que integran el mismo grupo, tiene acciones la Bayer.

La Dow Chemical acaba de declarar a Brasil y a México «áreas prioritarias de inversión» para el negocio petroquímico. Además de las inversiones ya hechas, la Dow pretende construir instalaciones para 16.000 toneladas adicionales de glicol, una fábrica para 25.000 toneladas anuales de polietileno de alta densidad, otra unidad para 20.000 toneladas anuales de magnesio y otra para 14.000 toneladas de tolueno por año. Al mismo tiempo, pidió autorización para

La PETROBRAS nació en la época de Getúlio Vargas al grito de: «O petróleo é nosso». Pero los militares que hoy tienen el poder no quisieron dar el salto hacia adelante...



multiplicar por cuatro la capacidad de producción de la fábrica de polietileno que compró a la Nova Bakol, de San Pablo, el año pasado.

La Phillips Petroleum ha recibido su parte en la empresa Ultrafertil, que produce una tonelada de fertilizantes por minuto y es el mayor complejo industrial de América Latina en su género. Para dar nacimiento a este conjunto de fábricas, la Phillips contó con decisivos aportes de la Alianza para el Progreso y el Banco Mundial, en 1966. La Union Carbide no se ha quedado atrás. Produce en el Brasil acetileno, benceno y resinas plásticas.

EL ESTADO DE CARNE Y HUESO

En 1967, Petrobrás creó una empresa destinada a la indus-

tria petroquímica. Para entonces ya había perdido el monopolio del negocio y la Petroquisa nació para la servidumbre. En el Decreto correspondiente se estableció «la posibilidad de asociarse con otras empresas en posición de accionista minoritario».

En realidad, la participación de una empresa en el patrimonio de otra no tiene una relación directa con su capacidad de influencia. Un grupo económico puede resultar dominante dentro de una empresa, aunque disponga de una proporción minoritaria de acciones, si tiene en sus manos la tecnología o, pongamos por caso, si tiene la posibilidad de abrir y cerrar el grifo de las finanzas. El poder del grupo Rockefeller dentro de la Unipar, por ejemplo, es mucho mayor de lo que a primera vista indica su 33 por 100 de acciones. Y lo mismo cabe decir de las demás empresas.

¿Y la participación del Estado? Es útil para la propaganda; hace posible el «nuevo estilo» de las corporaciones imperialistas, que ahora operan disfrazadas para evitar la irritación que provoca su actuación abierta. Porque, además, el Estado está administrado por hombres de carne y hueso, que hoy son ministros del país y mañana amanecen convertidos en presidentes o directores de las empresas extranjeras.

Petroquisa, la empresa de Petrobrás, empresa del Estado, se ha asociado con la Unipar. Es, claro está, una socia «menor», entre muchos otros socios extranjeros. La Unipar integra un gran «conglomerado» que no sólo abarca empresas industriales, sino que también incluye una inmensa rama financiera. El «comandante en jefe» del grupo financiero, llamado Big-Uninvest, es Roberto

Campos. Campos, Zar económico del Brasil en los tiempos de Castelo Branco y pieza clave del Fondo Monetario Internacional, no ha perdido la costumbre de jugar con las palabras. Los japoneses llaman *zaibatsu* a una organización que comprenda empresas financieras e industriales, pero a Campos, la palabra le quedó corta. Inventó, para definir a su «conglomerado», una palabra nueva: es un *calpiratsu*, dijo. Campos preside la vertiente financiera del *calpiratsu*, que, en conjunto (con la vertiente industrial) suma recursos por la astronómica cantidad de 1.700 millones de dólares. Según Campos, la petroquímica es como un árbol. El tronco es la Petroquímica Uniao, que produce el etileno, la materia prima, a partir de la nafta. Las ramas —otras empresas: Carbocloro, Copamo, Brasivil, Poliolefinas, Tetramero, Hulsbrasil— procesan la materia prima, y así se llega a las hojas, las empresas que producen, en base a los plásticos, fibras o caucho sintético.

El *calpiratsu* de Roberto Campos cuenta, entre sus directores, con Mario Trindade. Trindade era presidente del todopoderoso Banco Nacional da Habitação, y casualmente un alto técnico de la Unipar, Michel Hartveld, acaba de declarar que el Banco Nacional da Habitação, que es del Estado y que se nutre de los aportes de los trabajadores, será un excelente cliente del nuevo «conglomerado» petroquímico.

Pero estos no son los únicos casos. En el Brasil, la función de gobierno constituye ahora un umbral que comunica con las salas de los directorios de las grandes corporaciones extranjeras.

El presidente actual de la Dow Chemical en el Brasil es el general Golbery da Couto e Silva, que encabezó el Servicio Nacional de Informaciones, una especie de CIA brasileña, en los tiempos de Castelo Branco. ¿Qué sería de las firmas norteamericanas sin el aporte de la sabiduría de los gobernantes jubilados? El presidente de la Union Carbide es Paulo Egidio, que antes era ministro de Industria y Comercio.

La petroquímica dispone, como se ve, de un buen elenco de patriotas. ■ EDUARDO GALEANO (P. L.).